

ORIANA FALLACI

**CARTA A UN NIÑO
QUE NUNCA NACIÓ**

Oriana Fallaci: CARTA A UN NIÑO QUE NUNCA NACIÓ
Traducción: Atilio Pentimalli
© Editorial Noguer, S.A., Paseo de gracia, 96
Barcelona, 1976 para la publicación en lengua española
ISBN: 84-279-1152-1

Titulo Original: LETTERA A UN BAMBINO MAI NATO
© by Rozzoli Editore, Milán, 1975

Edición Electrónica: **El Trauko**
Versión 1.0 - Word 97

"La Biblioteca de El Trauko"
<http://www.fortunecity.es/poetas/relatos/166/>
<http://go.to/trauko>
trauko33@mixmail.com
Chile - Noviembre 2000

Texto digital # 3

Este texto digital es de carácter didáctico y sólo puede ser utilizado dentro del núcleo familiar, en establecimientos educacionales, de beneficencia u otras instituciones similares, y siempre que esta utilización se efectúe sin ánimo de lucro.

Todos los derechos pertenecen a los titulares del Copyright.
Cualquier otra utilización de este texto digital para otros fines que no sean los expuestos anteriormente es de entera responsabilidad de la persona que los realiza.

CARTA A UN NIÑO QUE NUNCA NACIÓ

Oriana Fallaci

*A quien no teme la duda
A quien se pregunta los porqué
Sin descanso y a costa
De sufrir de morir
A quien se plantea el dilema
De dar la vida o negarla
Está dedicado este libro
de una mujer
para todas las mujeres*

Anoche supe que existías: una gota de vida que se escapó de la nada. Yo estaba con los ojos abiertos de par en par en la oscuridad y, de pronto, en esa oscuridad, se encendió un relámpago de certeza: sí, ahí estabas. Existías. Fue como sentir en el pecho un disparo de fusil. Se me detuvo el corazón. Y cuando reanudó su latido con sordos retumbos, cañonazos de asombro, me di cuenta de que estaba cayendo en un pozo donde todo era inseguro y terrorífico. Ahora me hallo aquí, encerrada bajo llave en un miedo que me empapa el rostro, los cabellos y los pensamientos. Y en este miedo me pierdo. Trata de comprender: no es miedo a los demás, que no me preocupan. No es miedo a Dios, en quien no creo, ni al dolor, que no temo. Es miedo de ti, del azar que te ha arrancado de la nada para adherirte a mi vientre. Nunca he estado preparada para recibirte, aunque te he deseado mucho. Siempre me he planteado esta atroz pregunta: ¿y si no te gustara nacer? Y si un día tú me lo reprocharas gritando: “¿Quién te ha pedido que me trajeras al mundo, por qué me has traído, por qué?” ¡La vida es tan ardua, niño! Es una guerra que se repite cada día, y sus momentos de alegría son breves paréntesis que se pagan a elevado precio. ¿Cómo sabré que no sería más justo eliminarte; cómo sabré que no prefieres ser devuelto al silencio? Tú no puedes hablarme. Tu gota de vida es tan sólo un nudo de células apenas comenzadas. Tal vez ni siquiera es vida, sino posibilidad de vida. Y, sin embargo, no sé qué daría para que pudieras ayudarme con un gesto, un indicio. Mi madre sostiene que yo se lo di, y por eso me traje al mundo.

Mi madre no me quería, ¿sabes? Yo empecé por error, por un instante de distracción ajena. Y, a fin de que no naciera, todas las noches mi madre diluía en el agua una medicina. Luego la bebía, llorando. La bebió hasta la noche en que me moví, dentro de su vientre, y le solté un puntapié para decirle que no me arrojase. Se estaba llevando la copa a los labios. En seguida la apartó y derramó su contenido en el suelo. Algunos meses después, yo me revolcaba al sol, victoriosa. Ignoro si eso ha sido un bien o un mal. Cuando me siento feliz pienso que ha sido un bien; cuando me siento infeliz creo que ha sido un mal. No obstante, incluso cuando soy desdichada, pienso que me disgustaría no haber nacido, porque nada es peor que la nada. Yo, te lo repito, no tengo miedo al dolor. El dolor nace y crece con nosotros, y uno se acostumbra a él como al hecho de tener dos brazos y dos piernas. En el fondo, tampoco tengo miedo de morir, porque si uno muere significa que ha nacido, que ha salido de la nada. Yo temo la nada, el no estar aquí, el tener que admitir no haber existido, aunque sólo sea por casualidad, por error, por una distracción ajena. Muchas mujeres se preguntan: ¿por qué traer un hijo al mundo? ¿Para que tenga hambre, para que pase frío, para que sufra traiciones y ofensas, para que muera avasallado por la guerra o por una enfermedad? Y niegan la esperanza de que su hambre sea aplacada, de que su frío se desvanezca al calor, de que no carezca de fidelidad y respeto, de que viva largos años para tratar de borrar las enfermedades y la guerra. Quizás esas mujeres tengan razón. Pero ¿hay que preferir la nada al sufrimiento? Yo, hasta en las pausas en que lloro sobre mis fracasos, mis desilusiones y mis dolores, llego a la conclusión de que sufrir es preferible siempre a la nada. Y si amplió esta conclusión a la vida toda, al dilema de nacer o no nacer, termino por exclamar que nacer es mejor que no nacer. Sin embargo, ¿resulta lícito imponerte a ti ese razonamiento? ¿No equivale a traerte al mundo basándome tan sólo en mi convicción? Eso no me interesa, tanto más cuanto que no te necesito para nada.

* * *

No me has dado puntapiés; no me has enviado respuestas. Pero ¿cómo hubieras podido hacerlo? ¡Eres tan poca cosa! Si yo le pidiera al doctor que confirmara tu presencia, sonreiría burlón. Sin embargo, he tomado una decisión por ti: nacerás. Lo decidí tras haberte visto fotografiado. No era precisamente tu retrato, claro está; se trataba del grabado de un embrión cualquiera de tres semanas, publicado en un periódico para ilustrar un reportaje acerca de cómo se forma la vida. Y, mientras lo miraba, se me pasó el miedo con la misma rapidez con que me había invadido. Parecías una flor misteriosa, una orquídea transparente. En la parte superior se notaba una especie de cabeza con dos protuberancias que se convertirán en cerebro. Más abajo, como una cavidad que se transformará en boca. El texto correspondiente explica que a las tres semanas eres casi invisible: mides dos milímetros y medio. Y, sin embargo, crece en ti un atisbo de ojos, y algo que se asemeja a una columna vertebral, a un sistema nervioso, a un estómago, a un hígado, a unos intestinos, a unos pulmones Tu corazón ya está formado, y es grande: comparado con el mío, proporcionalmente, nueve veces mayor. Bombea sangre y late con regularidad desde el decimotercero día: ¿cómo podría yo suprimirte? ¿Qué me importa si has comenzado por casualidad o por error? ¿Acaso el mundo en que estamos no comenzó también por casualidad y tal vez por error? Algunos sostienen que en un principio no había nada excepto una gran calma, un absoluto silencio inmóvil. Después, se produjo una chispa, un desgarrón, y lo que no era fue. A ese desgarrón pronto le siguieron otro y otro: cada vez más inesperados, más insensatos, de más imprevisibles consecuencias. Y una de tales consecuencias fue que brotó una célula, también por azar, tal vez por error, que en seguida se multiplicó por millones, por miles de millones, hasta que nacieron los árboles, los peces y los hombres. ¿Tú crees que alguien se planteó un dilema antes del estallido o de la célula? ¿Crees que se preguntó si aquello gustaría o no? ¿Crees que se preocupó por el hambre, el frío o la infelicidad? Yo no lo creo. Incluso si ese alguien hubiese existido –por ejemplo, un Dios que podamos considerar primer principio, más allá del tiempo y del espacio–, me temo que no se habría ocupado del bien y del mal. Todo ocurrió porque podía ocurrir; por tanto, tenía que ocurrir, según una prepotencia que era la única legítima. Y el argumento vale en lo que a ti se refiere. Asumo yo la responsabilidad de la elección.

Y la asumo sin egoísmo, niño; traerte al mundo, te lo juro, no me divierte. No me veo caminando por la calle con el vientre hinchado; no me imagino amamantándote, lavándote y enseñándote a hablar. Soy una mujer que trabaja, y tengo muchos otros compromisos y curiosidades; ya te dije que no te necesito. Pero, de todos modos, llevaré adelante tu gestación, te guste o no. Te impondré esa prepotencia que nos impusieron también a mí, a mis padres, a mis abuelos, a los abuelos de mis abuelos, y así hasta el primer ser humano parido por otro, le gustara o no. Si a aquél o aquélla se le hubiese permitido elegir, probablemente habría respondido, asustado: no, no quiero nacer. Pero nadie le preguntó su opinión, y así nació, vivió y murió tras haber parido otro ser humano al que no pidió tampoco su parecer, y el ciclo prosiguió durante millones de años, hasta nosotros. Cada vez se trató de una prepotencia sin la cual no existiríamos. ¿Crees que la semilla de un árbol no necesita coraje cuando perfora la tierra y germina? Bastan una ráfaga de viento para desprenderla, y la patita de un ratón para aplastarla. Sin embargo, germina, resiste y crece, derramando otras semillas, hasta convertirse en bosque. Si tú gritas un día: “¿Por qué me has traído al mundo, por qué?”; yo te habré de responder: “Hice lo que han hecho y siguen haciendo los árboles durante millones y millones de años, y creí obrar bien”.

Lo importante consiste en no cambiar de idea al recordar que los hombres no son árboles; que el sufrimiento de un ser humano supera mil veces el de un árbol porque es consciente; que a ninguno de nosotros le beneficia el convertirse en bosque; que no todas las semillas de los árboles generan nuevos árboles: en su inmensa mayoría se pierden. Semejante cambio de idea es muy posible, niño: nuestra lógica está llena de contradicciones. Apenas afirmas una cosa ya ves su contraria. Y hasta puede ocurrir que te des cuenta de que lo contrario es tan válido como lo que antes afirmabas. El razonamiento que acabo de hacer podría invertirse con un simple castañeteo de los dedos. En efecto, así es; ya me siento confundida, desorientada. Tal vez porque no puedo confiarle todo esto a nadie, salvo a ti. Soy una mujer que ha elegido vivir sola. Tu padre no vive conmigo. Y no lo lamento, aunque, de vez en cuando, mi mirada busca la puerta por la cual salió, con su paso firme, sin que yo lo detuviera, como si ya no tuviéramos nada que decirnos.

* * *

Te he llevado al médico. Más que una confirmación, yo quería algún consejo. Como respuesta, ha meneado la cabeza y me ha llamado impaciente. Ha dicho que aún no puede asegurar nada, que vuelva a pasar dentro de quince días y que me haga a la idea de que se trata de un mero producto de mi fantasía. Volveré tan sólo para demostrarle que es un ignorante. Toda su ciencia no vale lo que mi intuición, y ¿cómo podría un hombre comprender a una mujer que sostiene, antes de tiempo, que está esperando un niño? Un hombre no queda embarazado. A propósito, dime: ¿eso es una ventaja o una limitación? Hasta ayer me parecía una ventaja; más aún: un privilegio. Hoy me parece una limitación; aún más: una pobreza. Hay algo glorioso en el hecho de encerrar en el propio cuerpo otra vida, en el hecho de saberse dos y no uno. En ciertos momentos, te invade hasta una sensación de triunfo, y, en la serenidad que acompaña al triunfo, nada te preocupa: ni el dolor físico con el que habrás de enfrentarte, ni el trabajo que deberás sacrificar, ni la libertad que habrás de perder. ¿Serás un hombre o una mujer? Quisiera que fueses mujer. Quisiera que tú experimentaras algún día lo mismo que experimento yo: no estoy en absoluto de acuerdo con mi madre, que considera una desgracia el nacer mujer. Mi madre, cuando se siente muy desdichada, se lamenta: “¡Ah, si hubiese nacido varón!”. Ya sé: nuestro mundo es un mundo fabricado por los hombres para los hombres; la dictadura de ellos es tan antigua que hasta se extiende al lenguaje. Se dice hombres para decir hombres y mujeres; se dice niño para decir niño y niña; se dice hijos para decir hijo e hija; se dice homicidio para designar el asesinato de un hombre o de una mujer. En las leyendas que los hombres han inventado para explicar la vida, la primera criatura no es una mujer, sino un hombre llamado Adán. Eva llega después, para divertirlo y armar líos. En las pinturas con que adornan sus iglesias, Dios es un viejo con barba, nunca una anciana de blanca melena. Y todos sus héroes son varones, desde aquel Prometeo que descubrió el fuego hasta ese Icaro que intentó volar, e incluso aquel Jesús que declaran hijo del Padre y del Espíritu Santo, como si la madre que lo dio a luz fuera una incubadora o una nodriza. Y, sin embargo, o tal vez justamente por esto, ser mujer es fascinante. Constituye una aventura que requiere considerable valentía; un desafío que nunca llega a aburrir. Podrás emprender muchos caminos si naces mujer. Para empezar, tendrás que batirte para sostener que si Dios existiera bien podría ser una anciana de blanca cabellera o una chica guapa. Luego, tendrás que esforzarte en explicar que el pecado no nació el día en que Eva cogió una manzana: ese día nació una espléndida virtud llamada desobediencia. Por último, tendrás que batirte para demostrar que dentro de tu cuerpo liso y redondeado hay una inteligencia pidiendo a gritos que la escuchen. La maternidad no es un oficio y tampoco un deber, sino un simple derecho entre tantos otros. Te cansaras de gritarlo. Y, a menudo, casi siempre, perderás. Pero no debes desanimarte. Batirse es mucho más hermoso que vencer; viajar, mucho más divertido que llegar: cuando has llegado o has vencido, adviertes un gran vacío. Y para superar ese vacío debes emprender viaje nuevamente, debes crearte otras metas. Sí, espero que seas mujer; no me hagas caso si te llamo niño. Y espero que tú no digas jamás lo que dice mi madre. Yo Jamás lo he dicho.

* * *

Pero si naces varón, me sentiré igualmente contenta. Y tal vez más, porque te verás libre de muchas humillaciones, de muchas servidumbres, de muchos abusos. Si naces hombre, por ejemplo, no deberás temer que te violenten en la oscuridad de una calle. No deberás valerte de un bonito rostro para que te acepten al primer vistazo, ni de un bello cuerpo para esconder tu inteligencia. No serás objeto de juicios malévolos cuando duermas con quien te guste, ni oirás decir que el pecado nació el día en que cogiste una manzana. Te cansarás mucho menos. Podrás desobedecer sin ser escarnecido, amar sin despertarte por la noche, con la sensación de estar cayendo por un pozo; podrás defenderte sin terminar insultado. Naturalmente, te corresponderán otras esclavitudes, otras injusticias; tampoco para un hombre es fácil la vida, ¿Sabes? Dado que tendrás músculos más duros, te pedirán que lleves pesos más gravosos, y te impondrán responsabilidades arbitrarias. Puesto que tendrás barba, se reirán si lloras y hasta si necesitas ternura. Como tendrás una cola delante, te ordenarán que mates o te dejes matar en la guerra, y exigirán tu complicidad para perpetuar la tiranía que instauraron en las cavernas. Y, sin embargo —o precisamente por eso—, ser hombre constituirá una aventura maravillosa, una empresa que no te decepcionará jamás. Por lo menos, así lo espero, porque si naces varón confío en que seas un hombre como siempre lo he soñado: dulce con los débiles, feroz con los prepotentes, generoso con quien te quiere, despiadado con quien te manda. Por último, enemigo de quienquiera ande contando que los Jesús son hijos del Padre y del Espíritu Santo, y no de la madre que los dio a luz.

Niño, estoy tratando de explicarte que ser un hombre no significa tener una cola delante; significa ser una persona. Y a mí, ante todo, me interesa que tú seas una persona. La palabra persona es una palabra estupenda porque no pone límites a un hombre o a una mujer, no traza fronteras entre quien tiene cola y quien no la tiene. Por otra parte, la frontera que separa a quien tiene cola de quien no la tiene es tan sutil...! En la práctica, se reduce a la capacidad de madurar o no una criatura en el vientre. El corazón y el cerebro no tienen sexo, y tampoco la conducta. Si eres una persona de corazón y cerebro, ten presente que yo, desde luego, no estaré entre quienes te animen a que te comportes de un modo o de otro en cuanto varón o mujer. Te pediré tan sólo que explotes bien el milagro de haber nacido, y que no cedas nunca a la cobardía, que es una bestia que está siempre al acecho. Nos muerde a todos, cada día, y son pocos los que no se dejan despedazar por ella en nombre de la prudencia, de la conveniencia y a veces en nombre de la sensatez. Cobardes hasta que los amenaza un peligro, los humanos se vuelven arrogantes apenas el riesgo ha pasado. Jamás debes evitar el riesgo, aunque el miedo te frene. Venir al mundo implica ya un riesgo: el de arrepentirse de haber venido.

Quizá sea prematuro hablarte así. Tal vez yo debiera ocultarte, por ahora, las fealdades y las tristezas, y relatarte un mundo de inocencias y júbilos. Pero sería como empujarte al engaño, como inducirte a creer que la vida es una blanda alfombra sobre la cual se puede caminar descalzo, y no un camino pedregoso, niño. Con las piedras de ese camino uno tropieza, y al caer se hiere. De esas piedras hemos de protegernos con zapatos de hierro. Y ni siquiera eso es suficiente, porque mientras te proteges los pies, alguien recoge siempre una piedra para tirártela a la cabeza. Y por hoy he concluido, hijo mío, hija mía. ¿Te agradó la lección? Quién sabe qué dirían algunos si me escuchasen. ¿Me acusarían de loca o, simplemente, de cruel? He mirado tu última fotografía: a las cinco semanas, mides menos de un centímetro de longitud. Estás cambiando mucho. Más que una flor misteriosa, pareces ahora una larva muy agraciada; mejor dicho, un pececillo al que le están brotando velozmente las aletas. Cuatro aletas que se volverán brazos y piernas. Los ojos ya son dos minúsculos granitos negros, con un círculo alrededor, ¡y tu cuerpo se prolonga en una colita! El texto dice que durante este período es casi imposible distinguirse de cualquier otro embrión de mamífero; si fueras un gato tendrías más o menos el mismo aspecto que ahora presentas. En efecto, la cara no está, ni tampoco el cerebro. Yo te hablo, niño, y tú no lo sabes. En la tiniebla que te envuelve ignoras hasta que existes. Yo podría deshacerme de ti, y tú nunca lo sabrías. No tendrías la posibilidad de llegar a la conclusión de si te he hecho un daño o un regalo.

* * *

Ayer cedí al malhumor. Debes disculparme por aquel discurso acerca de que podría eliminarte y tú no sabrías siquiera si te hice un daño o un regalo. Eran palabras y nada más. Mi elección no ha cambiado en absoluto, incluso si suscita sorpresa a mi alrededor. Anoche hablé con tu padre. Le dije que aquí estabas. Se lo anuncié por teléfono porque está lejos; y, a juzgar por lo que he oído, no le di una buena noticia. Me llegó, ante todo, un profundo silencio, como si se hubiera cortado la comunicación. Y después oí una voz que balbuceaba, ronca: “¿Cuánto hará falta?”. Le contesté, sin comprender: “Nueve meses, supongo. Mejor dicho, menos de ocho, a estas alturas”. Y entonces la voz dejó de ser ronca para volverse estridente: “Hablo de dinero”. “¿Qué dinero?”, pregunté. “El dinero para deshacerse de él, ¿no?” Sí, lo dijo exactamente así, “deshacerse”. ¡Ni que fueras un paquete! Y cuando, lo más serenamente posible, le expliqué que yo tenía muy distintas intenciones, se perdió en un largo razonamiento en el cual se alternaban ruegos y consejos, consejos y amenazas, amenazas y lisonjas. “Piensa en tu carrera, considera las responsabilidades; algún día podrías arrepentirte. ¡Qué dirán los demás!” Debe de haber gastado un dineral en esa llamada telefónica. De vez en cuando, la operadora intervenía con voz sorprendida y preguntaba: “¿Continúa?”. Yo sonreía, casi divertida. Pero me divertí mucho menos cuando, envalentonado por el hecho de que yo escuchaba en silencio, concluyó que el gasto lo podíamos compartir ambos a partes iguales: al fin y al cabo, éramos “culpables ambos”. Sentí náuseas. Me avergoncé por él. Y colgué el auricular pensando que en otro tiempo lo amé.

¿Lo amé? Un día, tú y yo tendremos que discutir un poco acerca de este asunto llamado amor. Porque, honradamente, todavía no he comprendido de qué se trata. Tengo la sospecha de que consiste en un gigantesco embrollo inventado para que la gente se quede tranquila y se distraiga. De amor hablan los curas, los carteles publicitarios, los literatos, los políticos y los que hacen el amor, y en nombre de ese mismo amor hieren, traicionan y matan el alma y el cuerpo. Yo odio esa palabra que aparece por todas partes y en todos los idiomas. Amo-caminar, amo-beber, amo-fumar, amo-la-libertad, amo-a-mi-amante, amo-a-mi-hijo. Trato de no usarla nunca, de no preguntarme siquiera si aquello que perturba mi

mente y mi corazón es lo que llaman amor. Pienso en ti en términos de vida. Y en cuanto a tu padre, mira, cuanto más lo pienso más creo que no lo he amado jamás. Lo he admirado, lo he deseado, pero no lo he amado. Y lo mismo ocurrió con los que le precedieron, fantasmas decepcionantes de una búsqueda siempre frustrada. ¿Frustrada? Para algo sirvió, después de todo: para comprender que nada amenaza tanto tu libertad como el misterioso impulso que una criatura siente hacia otra. Por ejemplo, un hombre hacia una mujer o una mujer hacia un hombre. No hay ligaduras, cadenas ni barreras que te obliguen a una esclavitud más ciega, a una impotencia más desesperada. ¡Pobre de ti si te obsequias a alguien en nombre de ese impulso! No sirve más que para olvidarte de ti mismo, de tus derechos, de tu dignidad; es decir, de tu libertad. Como un perro que se afana en el agua, tratas en vano de alcanzar una orilla que no existe, la orilla que se llama Amar y ser Amado, y terminas anulado, burlado, desilusionado. En el mejor de los casos, acabas preguntándote qué te impulsó a tirarte al agua: ¿la disconformidad contigo mismo, la esperanza de hallar en otro algo que no veías en ti? ¿El miedo a la soledad, el tedio, el silencio? ¿La necesidad de poseer y ser poseído? según dicen algunos, en esto consiste el amor. Pero temo que sea mucho menos: un hambre que, una vez saciada, deja una especie de indigestión. Un vómito. Y, sin embargo, niño, debe de haber algo capaz de revelarme el significado de esa maldita palabra. Tiene que haber algo que me permita descubrir qué es; y eso, sin duda, existe. ¡Lo necesito tanto, tengo tanta hambre! Y pienso en esa necesidad, en esa hambre; tal vez sea cierto lo que siempre sostuvo mi madre: que amor es lo que experimenta una mujer hacia su hijo cuando lo toma en brazos y lo siente solo, inerme, indefenso. Por lo menos mientras es inerme e indefenso no te insulta, no te decepciona. ¿Y si te correspondiera a ti descubrirme el sentido de esas cuatro letras absurdas? ¿Precisamente a ti, que me robas a mí misma, me chupas la sangre y me respiras el aliento?

Hay un indicio. Los enamorados que están lejos uno de otro, se consuelan con las fotografías. Y yo ando siempre con tus fotografías entre las manos. Ya se me ha convertido en una obsesión. Apenas regreso a casa cojo ese periódico, calculo tus días, tu edad, y te busco. ¡Aquí estás, a las seis semanas, tomado de espaldas! ¡Qué bonito te has vuelto! Ya no eres pececillo ni larva, ya no cosa informe; pareces ahora una criatura, con esa cabezota calva y rosada. La columna vertebral está bien definida: es una franja blanca y firme situada en medio. Tus brazos ya no son protuberancias confusas ni aletas, sino alas. ¡Te han brotado alas! Dan ganas de acariciarlas, de acariciarte. ¿Qué tal lo pasa uno allí, en el huevo? Según las fotografías, estás suspendido en el interior de un huevo transparente que recuerda esos de cristal en los cuales se pone una rosa. Tú en el lugar de la rosa. Del huevo sale un cordón que termina en un balón blanco, lejano, veteado de rojo y manchas azules. Visto así parece la Tierra, observada desde miles y miles de kilómetros. Sí, es exactamente como si de la Tierra partiera un hilo interminable, tan largo como la idea de la vida, y desde aquella distancia remota llegara hasta ti. Todo de una manera lógica y sensata. Pero ¿cómo se atreven a decir que el ser humano es un incidente de la naturaleza?

El médico me dijo que volviera a visitarlo transcurridas seis semanas. Iré mañana. En el alma me escuecen, alternándose, agujas de inquietud y llamaradas de alegría.

* * *

En un tono que oscilaba entre solemne y alegre, ha observado una hojita de papel y ha dicho: “La felicito, señora”. Automáticamente, le he corregido: “Señorita”. Ha sido como si le hubiera dado una bofetada. Solemnidad y alegría desaparecieron, y, clavándome la mirada con voluntaria indiferencia, repuso: “¡Ah!”. Luego tomó la pluma, tacho “señora” y escribió “señorita”. Así, en una habitación gélida y blanca, por medio de un hombre gélidamente vestido de blanco, la Ciencia me ha dado el aviso oficial de que existes. No me impresionó en absoluto, dado que ya lo sabía yo mucho antes que ella. Pero me sorprendió que se hiciera hincapié en mi estado civil y se efectuara esa corrección en el papel. Tenía todo el aire de una advertencia, de una futura complicación. Resultó escasamente cordial incluso el modo en que la Ciencia me ordenó acto seguido que me desvistiera y me tendiera sobre la camilla. Tanto el médico como la enfermera se portaban conmigo como si les resultara antipática. No me miraban cara a cara. Para compensar, se entrecruzaban miradas como para decirse quién sabe qué. Cuando me hube tendido sobre la camilla, la enfermera se enfadó porque no había abierto las piernas y no las había apoyado en los estribos metálicos. Lo hizo ella, molesta, diciendo: “¡Aquí, aquí!”. Yo me sentía ridícula y vagamente obscena. Experimenté gratitud hacia ella cuando me cubrió el vientre con una toalla. Pero entonces ocurrió lo peor, porque el médico se puso un guante de goma y me introdujo un dedo, con rabia. Apretó por dentro, hurgó y apretó de nuevo, haciéndome daño. Tuve miedo de que te quisiera aplastar porque yo no estaba casada. Por fin sacó el dedo y sentenció: “Todo bien, todo normal”. Me dio

algunos consejos: me dijo que el embarazo no es una enfermedad sino un estado natural, y que, por tanto, es oportuno que yo siga haciendo las mismas cosas que antes. Lo importante es que no fume demasiado, que no lleve a cabo esfuerzos excesivos, que no me lave con agua demasiado caliente y que no albergue propósitos criminales. “¿Criminales?”, pregunté, estupefacta. Y él: “La ley lo prohíbe. ¡Recuérdelo!”. Para reforzar la amenaza me recetó algunas píldoras de luteína y me ordenó que volviera a verlo cada quince días. Me lo ordenó sin la mínima sonrisa, antes de informarme que el pago se efectuaba en caja. En cuanto a la enfermera, ni siquiera me saludó. Y hasta me pareció que, mientras cerraba la puerta, meneaba la cabeza en señal de reprobación.

Me temo que debes acostumbrarte a cosas como estas. En el mundo en que estás a punto de entrar, y pese a los discursos acerca de los tiempos que cambian, una mujer que espera un hijo sin estar casada es vista, la mayor parte de las veces, como una irresponsable. En el mejor de los casos, como una extravagante o una provocadora. O como una heroína. Nunca como una madre igual a todas las demás. El farmacéutico que me vendió las píldoras de luteína me conoce, y sabe que no tengo marido. Cuando le di la receta arqueó las cejas y me miró asustado. Después fui al modista para encargarle un abrigo. Se acerca el invierno y quiero que estés protegido. Con la boca llena de alfileres para ir marcando la tela, el modista empezó a tomarme las medidas. Cuando le expliqué que debía tomarlas muy amplias porque estaba embarazada y durante el invierno engordaría, enrojeció violentamente. Abrió la boca y temí que se tragara los alfileres. No se los tragó, a Dios gracias, pero se le cayeron al suelo. Se le cayó también el metro, y yo sentí una especie de pena por estarle imponiendo tanta consternación. Lo mismo ocurrió con el jefe. Nos guste o no, él es la persona que compra mi trabajo y nos da el dinero para vivir: hubiera sido poco honesto no informarle de que, dentro de algún tiempo, no podré trabajar. Por tanto, entré en su despacho y le puse al corriente. Se quedó sin aliento. Después se recobró y balbuceó que respetaba mi decisión; es más, que me admiraba muchísimo por haberla asumido, que me consideraba sumamente valerosa, pero que sería oportuno no andar contándoselo a todos. “Una cosa es hablar entre nosotros, gente de mundo, y otra cosa tratar de esto con quien no puede comprender. Tanto más cuanto que usted podría cambiar de idea, ¿no?” Insistió mucho sobre este asunto del cambio de idea. Por lo menos hasta el tercer mes tenía todo el tiempo para reflexionar, dijo, y reflexionar sería prueba de buen sentido: mi carrera estaba muy bien encauzada; ¿por qué interrumpirla a causa de un sentimentalismo? Que lo pensara bien: no se trataba de interrumpirla durante pocos meses o un año, sino de cambiar íntegramente el curso de mi vida. Ya no podría disponer de mí misma, y no olvidemos que la empresa me había apoyado basándose justamente en la disponibilidad que yo ofrecía. Él me reservaba muy buenos proyectos. Si cambiaba de parecer no tenía más que decírselo, me ayudaría.

Tu padre telefoneó por segunda vez. Le temblaba la voz. Quería saber si yo había tenido la confirmación. Le contesté que sí. Me preguntó por segunda vez cuándo habría “arreglado el asunto”. Por segunda vez colgué el auricular sin escucharlo. Lo que no entiendo es por qué, cuando una mujer anuncia que está legalmente embarazada, todos se ponen a festejarla, a quitarle de las manos los paquetes y a suplicarle que no se fatigue y que se quede tranquila. ¡Qué lindo! Felicitaciones, “pase, póngase cómoda, descanse”. Conmigo se quedan quietos, callados, o sueltan consideraciones acerca del aborto. Dirías que se trata de una conjura, de una conspiración para separarnos. Y hay momentos en que me siento inquieta, en que me pregunto quién ganará: ¿nosotros o ellos? Tal vez sea por culpa de esa llamada telefónica, que ha renovado amarguras que yo creía olvidadas y ofensas que consideraba superadas. Unas y otras me fueron infligidas por fantasmas gracias a los cuales comprendí que el amor es un enredo, una estafa. Las heridas se han cerrado y las cicatrices son apenas visibles, pero basta una llamada telefónica así para que vuelvan a doler, como las viejas fracturas de huesos cuando cambia el tiempo.

* * *

Tu universo es el huevo dentro del cual flotas, acurrucado y casi desprovisto de peso, desde hace seis semanas y media. Lo llaman bolsa amniótica, y el líquido que lo llena es una solución salina que sirve para eximirte de luchar contra la fuerza de gravedad y para protegerte de los golpes provocados por mis movimientos, y también para alimentarte. Hasta hace cuatro días, era, incluso, tu única fuente de nutrición. Mediante un proceso complicadísimo y casi incomprensible, tú tragabas una parte, absorbías otra, expelías otra más e incluso producías nuevo líquido. Desde hace cuatro días, en cambio, tu fuente de nutrición soy yo, a través del cordón umbilical. Muchas cosas han ocurrido durante estos días: me exalto y te admiro sólo pensándolo. La placenta que envuelve tu huevo como un cálido abrigo de pieles

se ha reforzado; el número de tus células sanguíneas ha aumentado, y todo avanza a una velocidad loca: la trama de tus venas ya es visible. Son perfectamente visibles también las dos arterias, y la vena del cordón umbilical que te lleva mi oxígeno y las sustancias químicas que precisas. Además, se ha desarrollado tu hígado y tienes en boceto todos los órganos internos; ¡hasta tu sexo y tus órganos de reproducción han empezado a brotar! Tú ya sabes si serás hombre o mujer. Pero lo que más me exalta, niño mío, es que hasta te has construido las manitas. Ahora se te ven bien los dedos. Y ya tienes una pequeña boca ¡con labios!, un atisbo de lengua, los alvéolos para veinte diente-cillos, y un par de ojos. ¡Tan minúsculo –ni siquiera un centímetro y medio– y tan liviano –menos de tres gramos–, y tienes ojos! A mí me parece literalmente imposible que todo esto haya ocurrido en el lapso de pocas semanas. Me parece irreal. Sin embargo, en el comienzo del mundo, cuando se formó aquella célula y todo lo que nace, respira y muere para volver a nacer, debió de ocurrir lo mismo que sucede en ti: un hormiguear, un hincharse, un multiplicarse la vida cada vez más complicada, difícil, veloz, ordenada y perfectamente. ¡Cuánto trabajas, niño! ¿Quién ha dicho que duermes tranquilo, acunado por tus aguas? Tú no duermes nunca, no reposas nunca. ¿Quién ha dicho que permaneces en santa paz, en una armonía de sonidos que llegan dulcemente embotados hasta tu membrana? Estoy segura que hay un constante chapoteo junto a ti, un constante bombear, soplar y crujir; un estallido de rumores brutales. ¿Quién ha dicho que eres materia inerte, casi un vegetal que se puede extirpar con una cuchara? Sostienen que, si quiero librarme de ti, este es el momento. Mejor aún: el momento empieza ahora. En otras palabras: yo hubiera debido aguardar hasta que te volvieras un ser humano con ojos, dedos y boca, para matarte. Antes, no. Antes eras demasiado pequeñito para ser localizado y arrancado. Están locos.

* * *

Mi amiga dice que la loca soy yo. Ella, que está casada, ha abortado cuatro veces en tres años. Ya tenía dos hijos, y un tercero hubiera sido inadmisibles. Su marido gana poco, ella tiene un empleo que le interesa y del cual, por otra parte, no puede prescindir. De los niños se ocupa su suegra, que –¡pobrecita!– no podría hacerse cargo de un parvulario. Los romanticismos son hermosos, pero la realidad es distinta, dice mi amiga. Las gallinas tampoco traen al mundo todos los hijos que podrían tener: si de cada huevo fecundado tuviese que nacer un pollito, el mundo sería un gallinero. ¿Acaso no sabes que muchas gallinas se comen sus propios huevos? ¿No sabes que los incuban sólo una o dos veces al año? ¿Y los conejos? ¿No sabes que algunas conejas se comen las crías más débiles para poder amamantar a las otras? ¿No sería mejor eliminarlas desde el principio, en lugar de traerlas al mundo para comerlas y hacérselas comer a otros? En mi opinión, lo mejor sería no concebir, directamente. Pero apenas arriesgo esa opinión, mi amiga se enoja. Contesta que ella tomaba la píldora, ¡claro que la tomaba! Le hacía daño y, sin embargo, la tomaba. Pero una noche se olvidó, y de allí el primer aborto. Con sonda, me dice. No he comprendido bien qué puede ser dicha sonda. Una aguja que mata, supongo. En compensación, me he enterado de que muchas la usan, aun sabiendo que provoca sufrimientos infinitos y que, a veces, significa la cárcel.

Te preguntas, acaso, por qué, desde hace algunos días, no hago más que hablarte de esto. No lo sé. Tal vez porque los demás me hablan del tema de una manera obsesionante, y esperan que yo tome la iniciativa. Tal vez porque, en determinado momento, yo también lo he pensado sin decírmelo. Tal vez porque no quiero confiarle a nadie otra duda que me envenena el alma. La sola idea de matarte, hoy, me mata; y, sin embargo, llego a tomarla en consideración. Me confunde aquel argumento de las gallinas. Me confunde el enfado de mi amiga cuando le muestro tu fotografía y señalo tus ojos y tus manos. Ella contesta que para ver tus ojos y tus manos de veras no bastaría ni un microscopio. Grita que vivo de fantasías y que pretendo racionalizar mis sentimientos y mis sueños. Hasta llega a exclamar: “Y entonces, ¿por qué sacas de la fuente de tu jardín los renacuajos, a fin que no lleguen a ser ranas y te molesten croando por la noche?”. Ya sé: sigo informándote sin piedad sobre las infamias de este mundo en el que te preparas a entrar, acerca de los horrores cotidianos que nosotros cometemos, y te expongo conceptos demasiado complicados. Pero, poco a poco, va madurando en mí la certeza de que igualmente los comprendes porque ya lo sabes todo. Empezó el día en el que yo misma me torturaba el cerebro para tratar de explicarte que la Tierra es redonda como tu huevo, y que el mar está compuesto de agua igual a esa en que flotas, y no lograba expresar lo que me proponía. De repente, me paralizó la intuición de que mi esfuerzo era inútil, de que tú ya lo sabías todo y mucho más que yo, y desde entonces la sospecha de haber intuido con acierto ya no me abandona. Si en tu huevo hay un universo, ¿por qué no debería haber también un pensamiento? ¿No insinúan acaso algunos que el subconsciente es el

recuerdo de la existencia que hemos vivido antes de nacer? ¿Lo es? En tal caso, tú, que lo sabes todo, dime: ¿cuándo empieza la vida? Dime, te lo suplico: ¿ha comenzado realmente la tuya? ¿Desde cuándo? ¿Desde que la gota de luz que llaman espermatozoide perforó y escindió la célula? ¿Desde que germinó en ti un corazón y empezó a bombear sangre? ¿Desde que florecieron en ti un cerebro y una médula espinal, y emprendiste el camino hacia la forma humana? ¿O bien ese momento aún no ha llegado, y sólo eres un motor en proceso de fabricación? ¡No sabes qué daría, niño, por romper tu mutismo, por penetrar en la prisión que te envuelve y que yo envuelvo; qué daría por verte, por escuchar tu respuesta!

Ciertamente, tú y yo formamos una extraña pareja. Todo en ti depende de mí, y todo en mí depende de ti: si enfermas, yo enfermo y si muero, tú mueres. Pero no puedo comunicarme contigo, ni tú conmigo. En medio de la que, tal vez, es tu sabiduría infinita, no conoces siquiera mi cara, mi edad ni el idioma en que hablo. Ignoras de dónde vengo, dónde estoy, qué hago en la vida. Si tú quisieras imaginarme no tendrías siquiera un solo elemento para adivinar si soy blanca o negra, joven o vieja, alta o baja. Y yo sigo preguntándome si eres o no una persona. Nunca dos seres extraños ligados al mismo destino fueron más extraños entre sí que nosotros. Nunca dos desconocidos que compartieran el mismo cuerpo fueron recíprocamente tan desconocidos ni estuvieron tan lejos el uno del otro.

* * *

He dormido mal y me ha dolido el bajo vientre. ¿Eras tú? Me revolvía angustiada en la cama, y el sueño era una obsesión de pesadillas absurdas. En una aparecía tu padre llorando. Nunca lo he visto llorar, y no le creía capaz de hacerlo. Sus lágrimas caían con retumbos de plomo en la fuente de mi jardín, que estaba llena de cintas interminables y gelatinosas. Dentro de las cintas había huevecillos negros que se estiraban en una especie de cola: los renacuajos. Yo no hacía caso de tu padre; me preocupaba tan sólo por los renacuajos, y los mataba para que no se convirtieran en ranas y me quitaran el sueño croando de noche. El sistema era sencillo: bastaba levantar las cintas con una rama y dejarlas sobre la hierba del jardín, donde el sol sofocaría a los renacuajos y los secaría. Pero las cintas se escurrían, resbaladizas, en rápidas volutas que volvían a caer en el agua y se hundían en el limo, y yo no lograba extenderlas sobre la hierba. Luego, tu padre no lloró más, se puso a ayudarme y conseguí mi propósito sin dificultad. Con una rama sacaba del agua aquellas cintas que a él no le resbalaban, y las amontonaba sobre la hierba, metódico y sereno. A mi todo eso me hacía sufrir, porque era como ver a decenas, a centenares de niños sofocándose y secándose al sol. Alterada, le quité la rama de las manos y grité: “¡Dejados en paz! Tú has nacido, ¿no?”. En la otra pesadilla aparecía un canguro. Era una hembra de cuyo útero había brotado una cosa tierna y viva, una especie de delicadísimo gusano. Éste miró a su alrededor, estupefacto, como si tratara de entender dónde estaba, y empezó a trepar por el cuerpo peludo de la madre. Avanzaba lenta y fatigosamente, tropezando, resbalando y equivocándose, pero al fin llegó hasta el marsupio y, con un esfuerzo final tremendo, se arrojó dentro de cabeza. Yo me daba cuenta de que no eras tú, de que era el embrión del canguro, el cual nace así porque sale prematuramente de la prisión del huevo y completa su formación en el exterior. Pero le hablaba como si de ti se tratara. Le daba las gracias por haber venido a demostrarme que no era una cosa sino una persona. Le decía que ya no éramos dos extraños, dos desconocidos, y me reía, feliz. Reía... Pero llegó la abuela. Era muy vieja y estaba muy triste. Parecía que sobre sus hombros encorvados se asentara todo el peso del mundo. Entre sus manos estropeadas sostenía un muñequito con los ojos cerrados y la cabeza desproporcionada. “¡Estoy tan cansada! –decía– ¡Siempre pagando los abortos! He tenido ocho hijos y ocho abortos. Si hubiese sido rica habría tenido dieciséis hijos y ni un solo aborto. No es verdad que una se acostumbre; cada vez es como si fuese la primera. Pero el cura no lo entendía.” El muñequito era del tamaño de un crucifijo de bolsillo. Levantándolo precisamente como un crucifijo, la abuela entró en una iglesia, se arrodilló ante un confesionario y empezó a musitar algo ante la celosía. Desde el interior del confesionario brotó una voz cruel, la voz del cura: “¡Usted ha matado a una criatura, ha matado a una criatura!”. La abuela temblaba del miedo de que otros lo oyeran. Imploraba: “¡No grite, padre, se lo ruego! Va usted a conseguir que me detengan! ¡Se lo ruego!”. Pero como la voz del cura no bajaba de volumen, la abuela huyó. Corría por la calle, perseguida por los policías, y era desgarrador ver a una vieja correr de ese modo. Yo me sentía desfallecer por ella, y pensaba: le estallará el corazón, se morirá. Los policías la alcanzaron junto a la puerta de casa. Le arrebataron el muñequito y le ataron los brazos. Ella dijo, altiva: “Estoy arrepentida; sin embargo, reincidiré. Nunca lo hago de buena gana, pero no puedo mantener a tantos hijos, no puedo”. Me despertaron esos dolores en el bajo vientre.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

